

de la obediencia que le debo como su protegido.

» En espera del día afortunado en que pueda yo conocer á quien tanto debo, me repito de Vd. su reconocido hijo que lo ama.

« RAFAEL. »

CAPITULO XVIII.

UN BESO Y UN BOFETON.

Imposible seria pintar la rabia del oficial mayor al recibir la renuncia de Rafael. El viejo no podia comprender el cambio repentino del jóven practicante.

Los malvados como él, incapaces de todo sentimiento generoso, atribuyen á las malas pasiones los hechos cuya causa no alcanzan á comprender.

Por otra parte, sin antecedentes respecto á los motivos que obligaron á Rafael á renunciar un puesto tan distinguido, juzgó que era el amor de Virginia el obstáculo que se oponía á aquel viaje, y no el amor puro, ideal, que á Rafael había inspirado la jóven, sino el amor torpe é indigno que arrastraba al caduco enamorado hasta las cloacas mas inmundas. Su imaginacion, exaltada por el deseo, le pintaba el amor de Rafael y de Virginia en sus goces íntimos con tanto fuego, que sus celos lo arrebataron hasta la locura, y comenzó á revolver en su mente los proyectos mas criminales á fin de impedir que Rafael obtuviese la mano de Virginia.

El que lo hubiera visto á su vuelta del ministerio la noche del dia en que recibió la renuncia, apenas habría podido conocerlo. Ya nuestros lectores lo han visto desfigurado la noche en que salía de jugar al tresillo con los padres de Virginia; pero entonces su transfiguracion era proveenida en gran parte por la falta de la dentadura. En esta ocasion eran únicamente las malas pasiones las que hacian de aquel hombre tan pulcro á los ojos de la sociedad la imágen del ente mas

envilecido. Su frente estaba ceñuda; sus ojos hundidos, aunque extremadamente abiertos, tenían la fijeza del idiotismo salvaje; sus dientes estaban convulsivamente cerrados, y su diminuta boca recogida casi hasta desaparecer. Sus dos manos comprimian sus sienas como tratando de impedir que su cráneo estallase, y sus dedos, ennegrecidos por el cosmético, se crispaban entre los lacios mechones de sus cabellos.

Lo que D. José quería á toda costa era separar á Rafael de Virginia, y á no haber sido por su inveterada costumbre de ocultar hipócritamente sus maldades, se habría quitado la máscara para atacarlo.

Como hemos dicho, su cerebro, máquina infernal donde se germinaban los pensamientos mas abominables, había formulado ya mil proyectos para alcanzar su fin; pero los fué desechando por peligrosos para su buena reputacion.

Repentinamente se levantó: sus párpados se recogieron un tanto, su boca se contrajo á impulsos de una sonrisa de triunfo. Sin duda había encontrado ya un remedio para su situacion: cambió inmediatamente su camisa, porque la que

tenia puesta estaba sucia y ajada por sus manos.

Volvió á arreglar sobre su frente su cabello, se envolvió en su capa y se disponia á salir, cuando la puerta se abrió repentinamente, y penetró en el cuarto una mujer.

— ¿A dónde vas, José? le dijo oponiéndose á su paso.

— Déjame, gruñó el mayor, apartándola bruscamente con la mano derecha.

— Pero, dime, ¿á dónde vas? insistió la mujer con un aire de súplica.

— ¿Desde cuándo, replicó D. José frunciendo las cejas con un aire amenazador, he dado á Vd. el derecho de interrogarme?

— Dime á dónde vas, volvió á decir la mujer con un aire mas humilde todavía.

— No es negocio de Vd., dijo el mayor rechazándola por segunda ocasion.

— Quiero saberlo, replicó ella con firmeza.

— ¿Y con qué derecho? dijo el viejo, cuya cólera estaba á punto de estallar.

— Con el derecho que me da el amor que te tengo, con el derecho que me da tu mismo amor.

— ¡Amarte yo! exclamó D. José, haciendo un gesto de disgusto. ¿A tí, que eres una vieja asquerosa?

— ¡Sí! dijo con plañidera voz la mujer, ahora estoy vieja; pero cuando me separaste de mis padres era yo jóven. ¡Sí! ahora estoy asquerosa; pero cuando tú me robaste, estaba yo hermosa. ¡Sí! ahora te doy asco; pero entonces estas mejillas descarnadas eran para tí dos preciosísimas rosas: así me lo decías. Estos labios enjutos formaban tu delicia. Estos brazos enflaquecidos, añadió levantando la manga de su vestido y mostrando unos huesos apenas asegurados por la piel, se han desecado por los amorosos excesos á que tú me obligabas. Asquerosa sí hoy; pero entonces tus labios llegaron hasta tocar á mis piés.

— ¡Calla! calla! exclamó D. José con aire furioso.

— Yo hubiera sido una mujer honrada, prosiguió la vieja con acento rencoroso, y tú has hecho de mí una concubina.

— ¡Calla! vieja maldita!

— El que ha de callar eres tú, ¡malvado!

D. José, exaltado por las palabras de aquella

mujer, levantó la mano y la dejó caer sobre la mejilla de aquella infeliz seducida.

¡Parece increíble! Nos tacharán acaso de exagerados; pero desgraciadamente el hecho que asentamos se repite, con bastante frecuencia, entre los seres degradados por el vicio.

Las miradas mas tiernas, las palabras mas lisonjeras, las promesas mas falaces son las redes que se tienden á la hermosura, á la inocencia y al pudor de las jóvenes incautas. Los mas abominables excesos son el resultado de la seducción, y estos mismos excesos, destruyendo el cuerpo de las víctimas estragan mas horrorosamente sus corazones. El desprecio, el vilipendio y frecuentemente el maltrato sustituyen á las pasadas caricias.

Esta es la historia del amor criminal.

Se castiga al ladrón, al asesino.

¿Y porqué?

Porque el primero hurta un pañuelo ó una miserable cantidad que acaso no ha podido obtener por falta de trabajo, para comprar un pan para su numerosa familia. Se castiga al asesino porque quita la vida á un hombre.

Y al que arrebató el honor de una mujer, al

que mata la virtud de un corazón, se le perdona fácilmente.

El que arrebató la quietud de una familia, poniendo asechanzas á la inocente y débil mujer, cuyo único patrimonio es el honor; el que mata la dignidad, la delicadeza y la fuerza goza impunemente con sus crímenes y tiene el derecho de enumerarlos como otras tantas hazañas.

Reanudemos nuestro relato.

La mujer cuyas palabras hemos podido indicar se hallaba unida con el mayor de mucho tiempo atrás, y lejos de manifestarse irritada contra su amante por su infame conducta, deshaciéndose en llanto, volvió á interponerse á su paso, exclamando:

— Tienes razón, pégame, pero dime ¿á dónde vas?

Cediendo el viejo á cierto impulso del corazón, le dijo con menos dureza:

— Voy á una visita, déjame, Juana.

— Mira, le dijo esta limpiando sus labios con el delantal en que quedó una mancha de sangre, si te pregunto es porque hace muchas noches que te veo inquieto, ¿piensas que duermo? Pues no;

porque aunque tú me odies, yo te amo todavía como en aquel tiempo. He presenciado tus inquietudes y te pregunto, porque no quiero que te vaya á suceder una desgracia. Porque yo te amo, te lo repito. Por una caricia tuya soy capaz aun de servir á mi rival. Ya que no puedo conservar todo tu cariño, me contento con una parte de él : *¡ con las sobras ! ¡ sí, con las sobras !*

— Bueno, bueno, dijo D. José. Juana entonces insistió :

— Yo tengo una rival ; lo sé porque te he oído ; pero promete que no me despreciarás, y yo te ayudaré si es necesario.

Considerando el mayor que no podría desprenderse de Juana si no ponía en planta algun medio extraordinario, extendió su brazo derecho, lo pasó por el cuello de esta, y dándole un ósculo sobre su frente se apresuró á bajar la escalera.

La noche estaba bastante oscura, negras nubes cubrían el cielo, y de tiempo en tiempo atravesaba el espacio la brillante luz de los relámpagos. El aire húmedo anunciaba un chubasco ; pero D. José, á pesar de su delicadeza habitual, se decidió á salir, como lo hemos visto.

Tal era su impaciencia.

Envuelto su raquítico cuerpo en la ancha capa, parecia un fantasma al atravesar las calles solitarias, pues aunque no eran las 8 todavía, el miedo al agua hacia que pocas personas se atreviesen á salir.

A pocos pasos una sombra se deslizaba en seguimiento del mayor con tanto silencio, que D. José no pudo notar lo.

Llegó, por fin, á la casa de Virginia, á cuya puerta llamó con su acostumbrada parsimonia.

La vieja Gertrudis, despues de haberse asegurado de que era D. José el que llegaba, abrió el zaguan, y el mayor, dándole las buenas noches con una melosa afabilidad, se hizo preceder de la criada para que lo anunciase á la familia, verificado lo cual, entró á la sala.

Don Juan leía el *Año cristiano* : D^a. Isabel dobladillaba un pañuelo, para lo cual habia ocurrido al auxilio de las gafas : David, recostado en un sillón, escuchaba á intervalos la lectura, pues unas veces el recuerdo de Rosa y otras el sueño robaba su atencion á aquella ocupacion mística. Virginia se entretenia, como de costumbre, en su

tejido y parecia escuchar atentamente. Sin embargo, algunos suspiros revelaban que su pensamiento se ocupaba de algun objeto mas tierno y melancólico. Era indudablemente el amor de Rafael.

El mayor descubriéndose se acercó á D^a. Isabel diciéndole :

— Muy buenas noches, mi señora D^a. Isabel.

— Buenas noches, señor D. José, contestó esta con voz gangosa (efecto de las gafas) dándole la mano, despues de haber dejado el pañuelo.

— Muy buenas noches, señor D. Juan, repitió D. José saludando al viejo veterano, que en este momento acababa de cerrar el libro despues de haber puesto entre sus páginas la caja de sus anteojos á guisa de registro.

— Ya no esperábamos á Vd., dijo D. Juan, apretando cordialmente la mano que le tendió el mayor, quien con una sonrisa muy amable decia á Virginia :

— Beso á Vd. la mano, señorita, mientras que tendia la suya á David, que correspondió respetuosamente el tácito saludo de su jefe.

Volviéndose á los ancianos, exclamó :

— No soy inconveniente para que Vds. continúen su lectura.

— Hemos concluido casi, dijo D. Juan; pero aun cuando así no fuera, la aplazaríamos para despues, por disfrutar ahora el placer de charlar un poco.

— La conversacion es pasto del alma, dijo D. José sentenciosamente.

— Cabalito, afirmó D^a. Isabel; y además el *Año cristiano*, que es lo que estamos leyendo, siempre lo tenemos á nuestra disposicion; mientras que Vd...

— Yo lo estoy tambien... interrumpió D. José con amabilidad.

— Ya, contestó la señora; pero no como mi libro.

— Y la prueba es que no hemos podido comenzar nuestro tresillo, añadió D. Juan.

— Pero bien podia sustituirme el diplomático, dijo el mayor designando con una mirada á David, que balbuceó :

— Yo no sé.

Don Juan exclamó : — ¡ Qué diablo! prefier e estarse ahí cavilando ó durmiendo.

Es el histérico, ¡pobrecito! dijo D^a. Isabel. Las consecuencias de la herida. Ya sabe V. S., D. José, en el estómago. ¡Dios se lo perdone!

Y tirando de la mano á David lo atrajo hácia ella; de modo que al terminar su frase pudo aplicar sobre la pálida frente del jóven un beso maternal.

Aquel beso fué una espina para David, que pensó con amargura que aquellas muestras de afección desinteresada y pura no bastaban á calmar las penas de su alma.

Don Juan levantándose tomó de una columna una caja con las fichas y los naipes; pero al colocarlos sobre la mesa en que leía, D. José exclamó:

— Esta noche no puedo acompañar á Vds., amenaza un diluvio y no quiero que me coja en la calle. Solo he venido con el objeto de saber si podrán acompañarme el día de mi santo. Tengo una casita en Tacuba, y me he propuesto celebrar allí mi cumpleaños uno de estos días. Vds. y un íntimo amigo mio serán los únicos convidados. Reunión de familia.

— Por mi parte, dijo D^a. Isabel, estoy á lo que disponga mi viejo.

— Pues si no ha de haber cumplimientos, si la cosa ha de andar como entre soldados viejos, ¡cáspita! á quien le dan pan, ¿qué llora? paso redoblado y aceptado.

— ¿Y cuándo es la fiesta? preguntó Virginia.

— Probablemente será pasado mañana, porque el 19 acaso estaré ocupado.

En seguida, levantándose del asiento, se despidió con la misma cortesía que á la entrada y se salió de la casa murmurando:

— ¡Acaso caiga en la red!

CAPITULO XIX.

ALIANZA.

Gruesas gotas comenzaban á caer de las nubes cuando el mayor salió de la casa de Virginia.

Esto obligó á aquel á abrir su paraguas y apresurar su marcha.

Quien hubiera observado lo que pasaba en la calle, mientras que D. José estaba en la casa de Virginia, habria visto un hombre vestido de negro, que era el que seguia los pasos del oficial mayor,

detenerse en el zaguan cuando este se cerró despues de haber entrado D. José.

El desconocido aplicó un ojo al agujero de la llave. Despues se aproximó á la ventana que dejamos descrita en el 1.^{er}. capítulo.

Las personas que no tienen motivos para temer ó para ocultar sus acciones, desprecian generalmente las precauciones mas comunes : esto favoreció la curiosidad del desconocido, que á través de las finísimas cortinas que cubrian la vidriera pudo observar perfectamente lo que pasaba en aquella sala y escuchar casi toda la conversacion del mayor con la familia.

Cuando observó que este se despedia, se arrinconó en una puerta de enfrente, y cuando aquel salió volvió á seguirlo, como lo habia hecho á la venida.

Cuando el mayor llegaba á su casa, una cabeza aparecia en el balcon como en acecho. Era Juana, que reconociendo los pasos se retiró bruscamente para no ser vista. El mayor tocó la puerta que abrió inmediatamente la mujer del portero : dando las buenas noches, subió apresuradamente la escalera. El zaguan volvió á abrirse poco despues para

el espía desconocido. Despues de haber entrado á su cuarto el oficial mayor comenzó las disposiciones que ya conoce el lector para meterse en la cama cuando tocaron á la puerta con suavidad.

— ¿Quién? preguntó bruscamente.

— Yo, contestó Juana con voz meliflua.

— ¿Qué quieres? interrogó el mayor.

— Ábreme, tengo que hablarte.

— Mañana hablaremos, déjame en paz.

— Lo que tengo que decirte, insistió Juana, debes saberlo ahora mismo : te importa mucho.

Don José, acostumbrado á que sus órdenes fuesen obedecidas inmediatamente, creyó que en efecto Juana tenia algo de importancia que comunicarle. Se envolvió en su bata, que ciñó cuidadosamente, volvió á ponerse los chanclos y fué á abrir la vidriera.

Aprovechamos el momento para dar á conocer á Juana, que entró con cierto aire de humildad y se quedó en pié, mientras que D. José tomó asiento en el sillón con el aspecto de un juez que tiene que pronunciar una sentencia de muerte.

Era una mujer que representaba 45 años poco mas ó menos : su cabello estaba casi enteramente

blanco; su frente era corta; sus cejas, bastante negras todavía, eran angostas y formaban dos curvas suaves que venían á separarse á corta distancia sobre una nariz fina, aunque algo levantada en su extremo; sus ojos eran grandes y negros, descubriéndose en ellos cierta expresión de orgullo que cuadraba muy mal con el papel que representaba en ese instante. Su boca tenía en sus extremidades dos rugas que parecían el anuncio de sonreír con aire sarcástico. Sus mejillas enflaquecidas se hundían haciendo resaltar más sus pómulos, circunstancia que unida á la profundidad de sus ojeras y á su color apergaminado daba desde luego idea de un sufrimiento profundo ocasionado por las contrariedades continuas ó por el abuso de los placeres.

Sin embargo de lo avanzado de la hora, estaba cuidadosamente peinada, y su vestido habría parecido elegante á pesar de su sencillez á no ser porque su talle se inclinaba á la manera de todo el que suplica.

Estaba vestida de negro, y sus manos unidas comprimían un pañuelo de seda.

Acercándolo á sus ojos y dando á su mirada una ternura indefinible:

— Josesito, ya no me amas, ¿es verdad?

— ¿Es eso lo que tenías que decirme? interrumpió con enojo D. José.

— No; pero es necesario para lo que tengo que decirte después.

— No sé lo que será; pero me temo alguna impudencia tuya; en fin, trata de no apurar mi paciencia.

— Seré lo más breve posible, sin embargo de que de esta conversación resultará la conducta que debo observar en adelante. Hace 20 años que te conocí; mi padre era un honrado tirador que se afanaba por cubrir mis necesidades. Yo era entonces una niña: mi corazón inocente no se preocupaba más que por las diversiones infantiles, y á pesar de que contaba 12 años ya, mis pensamientos eran puros.

— Hubieran debido canonizarte, interrumpió el mayor con sarcasmo.

Juana siguió sin detenerse á contestar:

— Desgraciadamente tenía una ambición: las golosinas y los juguetes. Mi padre me enviaba á la amiga todos los días acompañada de una criada: quería acabarme de formar. Pasaba todos los

dias por la esquina de la Merced, habia en la esquina una lechería, tú estabas allí siempre, eras un jóven elegante.

— ¿Sabes que ya me va fastidiando tu historia? volvió á interrumpir el mayor con impaciencia.

— Cuando acabes de oirme, no te arrepentirás de haberlo hecho.

El mayor hizo un gesto de disgusto.

— Comenzaste por detenernos un dia en que yo y la muchacha que me acompañaba mirábamos con ávidos ojos los platillos que estaban á la vista. Tú nos obligaste á tomar de ellos; varios dias despues hiciste lo mismo. La criada me obligó á callar por no perder las propinas que tú le dabas; y una tarde, diciendo que me ibas á enseñar unos juguetes, me metiste á una pieza y me dejaste encerrada cuando pretendí salirme.

— Márchate á acostar, dijo levantándose con furia D. José.

— Déjame concluir, suplicó Juana.

— Te digo que te marches.

— Y yo te ruego que me escuches.

— Pues yo no quiero.

— A pesar de eso me escucharás.

— ¿Quién me obligará á ello? dijo el mayor, cuya cólera se acrecentaba por instantes.

— ¡Yo! dijo Juana levantándose y fijando en D. José una mirada dominadora que sentaba perfectamente con su aspecto.

— ¡Ja! ja! hizo el mayor en el colmo de la sorpresa, viendo á aquella mujer tan humilde comúnmente imponerle su voluntad con tanta firmeza. Preciso es reirse de tus chanzas.

— Mira, José, acaba de oirme y sabrás porqué tomo las cosas desde esa época.

El mayor, sin contestar, se acomodó bien en el sillón, echando la cabeza hácia atrás con aire de indiferencia, mientras que Juana continuó:

— Tres dias me tuviste en aquel encierro: este tiempo necesitaste para consumir mi seducción. Mi resistencia era instintiva: oponia mis lágrimas á tus instancias; pero al fin mi debilidad cedió á la fuerza de tus promesas. ¡Ingrato! dijo Juana comenzando á llorar.

El mayor habia escuchado esta última parte de la historia de Juana con tanta calma, que se hubiera creído que no era él el acusado; pero al escuchar la exclamacion de aquella mujer y al advertir

sus lágrimas, trató de poner fin á aquella escena.

Se levantó del sillón y asiéndola fuertemente por un brazo, trató de llevarla hasta la puerta diciéndola con enojo :

— A dormir, señora, á dormir.

— Déjame acabar.

— Ya me has fatigado con tus cuentos.

— Escúchame, José.

— Estoy cansado de hacerlo y no te oiré mas.

— Me oirás aunque no quieras, dijo Juana logrando con un esfuerzo desasir su brazo de la mano del mayor.

— Vuelves á amenazarme, vieja maldita.

— Sí, te amenazo ; porque ya me canso de ser tu esclava. De hoy en adelante seré tu aliada ó tu enemiga ; dí lo que quieres, interrogó con imperio acercando su cara á la del mayor.

— Que te vayas á acostar porque has bebido demasiado.

— Sí, he bebido porque así olvido lo que sufro ; porque así vuelven mis recuerdos placenteros ; olvido á mi padre, á mi madre ; porque hasta llego á creerme dichosa en este encierro á que me has

condenado, y luego el sueño... Ese estado de tranquilidad de paz....

— ¡ Véte, véte !

— No quiero.

— Y sin embargo, te irás, dijo el mayor avanzando hácia ella para asirla de la cintura y sacarla del cuarto.

Entonces comenzó una especie de lucha en la que el mayor desplegaba una agilidad inaudita ; pero Juana no le cedia en destreza.

El mayor logró al fin su objeto, y la hubiera sacado de la alcoba á no haber sido porque ella, agarrándose desesperadamente de los fierros del catre, comenzó á gritar :

— Sácame, sí ; sácame : pero mañana sabrá todo el mundo quién eres. Yo publicaré todo, y tú te arrepentirás de no haberme oído esta noche. Quería hacer un último esfuerzo para probarte mi cariño, pero tú no lo quieres. Ya sé que te reirás de mis amenazas, porque todos te creen bueno ; pero no lograrás seducir á Virginia.

Al escuchar este nombre, D. José soltó á Juana obligado por la sorpresa, diciendo sin poder contener su primer impulso :

— ¡Cómo sabes!

— ¡Ah! dijo Juana con aire satisfecho, bien sabia yo que me harias caso.

— ¿Pero quién te ha dicho?...

— ¿Crees que porque estoy aquí siempre encerrada, ignoro lo que pasa por fuera? y luego prosiguió: — Ahora que nos entendemos voy á hacer te mis proposiciones.

El mayor escuchaba en silencio.

— Pasado mañana vas á celebrar tu cumpleaños en Tacuba: has convidado á Virginia y á su familia.

El mayor atónito abria sus ojos, sin poder explicarse el modo con que Juana conocia un hecho que él no habia comunicado á persona alguna y que acababa de verificarse.

— Tú amas á Virginia, prosiguió Juana, y la invitacion que has hecho no tiene mas objeto que asegurarte su posesion.

El mayor estupefacto, caminando de sorpresa en sorpresa y fascinado por aquella especie de adivinacion ejercida por Juana, estaba completamente bajo su dominio. Su mente, ocupada en investigar cómo habria podido aquella mujer sor-

prender aquel secreto, no estaba en disposicion para ayudarle á formular una respuesta.

Juana, mas y mas satisfecha del efecto producido por sus palabras, prosiguió haciendo sentar al mayor en el sillón y sentándose ella misma á su lado.

Te he amado como nadie puede amar: tus caricias y tus promesas me hicieron juzgar que tu amor era tan apasionado como el mio; y por eso me dediqué á amarte con todo mi corazon. Despues, cuando te cansaste de mí, me retuviste porque me necesitabas para que te asistiera; pero el pan que me has dado, ha sido bien amargo. No obstante esto, te amo aun. He luchado para reanimar en tu corazon el amor que me tenias. Lágrimas, quejas, reconvenciones, nada ha sido bastante para conseguirlo.

Aislada como estoy, mi horizonte se limitaba á reconquistar tu cariño: esperaba que al fin te conmoviesen mis sufrimientos y mi resignacion; pero ya que se han frustrado mis esperanzas, quiero darte la última prueba de mi afecto sacrificándolo en tu obsequio. Tú sufres por el amor de Virginia, y yo, que te amo mas que á mí misma, deseo ali-

viar tus padecimientos. Por eso venia á proponerte mi alianza, ¿quieres aceptarla?

El mayor no podia volver en sí de su sorpresa. Juzgando por su propio corazon, temió una asechanza; por lo cual contestó á Juana:

— ¿Qué condiciones pones á esa alianza?

— Solo la de que me dejes mi libertad.

El mayor se hallaba en tal situacion que á pesar de la desconfianza que le inspiraba la conducta de Juana, se resolvió á aceptar, juzgando que de pronto no podia hacer otra cosa.

Además la misma precipitacion con que habia obrado, invitando á la familia de David á un paseo en su casa de Tacuba, la ponía en el compromiso de ponerse de acuerdo con Juana á fin de que le ayudase á hacer los preparativos de la fiesta.

El temor de que ella le traicionase estaba combatido por la seguridad que le daba la discrecion de Juana hasta ese momento. Sabiendo su amor por Virginia, ¿no habria procurado descubrir á la familia la conducta de D. José, si hubiera querido oponer un obstáculo á sus proyectos?

La paciencia con que habia sufrido tantos años

la tiránica conducta de su amante, ¿no era tambien una garantía para este?

Tales fueron las reflexiones que hizo D. José y que le obligaron á aceptar las propuestas de Juana. Pero queriendo asegurarse aun mas por medio de hipócritas demostraciones de afecto, le dijo con semblante compungido:

— Ya que eres tan generosa, Juanita, quiero confesarte la verdad. Sí; amo á Virginia y pretendo casarme con ella; pero antes debo asegurarte que si no me uno contigo es por tu mismo interés.

— No quiero saber porqué lo haces.

— Pero yo debo decírtelo, contestó el mayor; habiendo traspasado, por desgracia, los límites que me imponian tu cariño y la sociedad, no es posible que vuelva á haber perfecta armonía entre nosotros. Mi amor para contigo se extinguió ya, fuerza es decirlo: mi conducta cruel se exacerbaria considerándome con los derechos de marido, y no quiero hacerte víctima de mi mal trato. Seremos en adelante buenos amigos. Ya ves, yo no me molesto, sino cuando tú me precipitas con tus quejas. ¿Quieres tu libertad? La tendrás desde hoy. ¿Necesitas dinero? Pídeme lo que necesites y tam-

bien lo tendrás; pero olvida que hemos sido amantes.

— Lo olvidaré para todo menos para lo que pueda serte útil.

— ¿Con que es decir que no te opones á que me case con Virginia?

— Lejos de oponerme, te ayudaré si es necesario.

— ¿Es decir que seremos hermanos? Que tú no volverás á hablarme de tu cariño, y en cambio disfrutarás absoluta libertad y el dinero que necesites.

— Respecto á dinero, replicó Juana, nada tenemos que hablar; pero en cuanto á libertad absoluta...

— ¿Pudieras decirme qué uso piensas hacer de ella? dijo cariñosamente el mayor.

— Sí, abandonar la soledad, buscar el olvido en el bullicio.

— Bien pensado, exclamó D. José con alegría; pero dime, ¿cómo has podido enterarte?...

— Ese es mi secreto. El mayor no quiso insistir, esperando que pronto lo averiguaria, y dando la mano cariñosamente á Juana, le dijo:

— Mañana te diré lo que deseo que hagas.

— Está bien. Hasta mañana, hermano, contestó Juana, saliendo del cuarto.

CAPITULO XX.

AMA Y CRIADO.

Mientras Rafael renunciaba así el empleo que el oficial mayor le habia procurado; mientras este discurría nuevos planes para apoderarse de Virginia, y mientras David seguía dedicando su culto á un amor desgraciado, y tanto mas desgraciado cuanto su objeto era menos digno, ¿qué habia sido de Rosa?

Como toda coqueta, no habia guardado en el